

CAPÍTULO 33

Beber hasta sacarse el cuerpo. El alcohol como generador del desdoblamiento en *La noche* de Jaime Saenz

VALERIA CANELAS

Universidad Complutense (Madrid)

Jaime Saenz nació en La Paz en 1921, ciudad en la que también falleció en 1986. Salvo por un viaje a Alemania, en su juventud no salió nunca de Bolivia. Dentro de la vida cultural y social del país, el papel que el escritor desempeñó fue el del bohemio provocador, ya que la forma en la que vivió escandalizó constantemente a una sociedad caracterizada por ser altamente conservadora. En lo que al mundo de las letras boliviano se refiere, su importancia es canónica ya que, en un país donde prácticamente no hubo vanguardias¹, Saenz rompió con la línea dominante que había pasado directamente del modernismo a un realismo de corte social, como señalan los diversos estudios críticos.

La forma de vida a la que antes nos hemos referido está íntimamente ligada a la afición del autor por el alcohol, lo cual ha generado un aura de malditismo alrededor del mismo. Lo cierto es que a partir de estos rasgos se ha construido el personaje nacional que en la actualidad constituye Jaime Saenz. Es decir, un habitante nocturno que visitaba continuamente la morgue, que tenía una marcada obsesión por la muerte y por el alcohol y que dictaba las clases de literatura que impartía en la universidad en medio de la noche, en un misterioso local llamado talleres Krupp. De esta manera, este personaje es una especie de sombra

¹ Esta afirmación, muy común hasta hace poco en la crítica nacional e internacional, está siendo puesta en cuestión por el reciente rescate de *Pirotecnia* de la escritora orureña Hilda Mundy, libro publicado en 1936 y con evidentes características vanguardistas.

que planea constantemente sobre la recepción de la obra del autor. Es difícil salir de la fascinación o del desprecio (siempre los dos extremos) que genera el personaje y adentrarse en la obra emprendiendo una cierta abstracción de estos datos biográficos.

Sin embargo, determinadas líneas de la crítica nacional se han esforzado por aproximarse a la obra desde otras perspectivas. En este sentido, el estudio de la poeta boliviana Blanca Wiethüchter, *Estructuras de lo imaginario en la obra poética de Jaime Saenz*, publicado en 1975, es considerado fundacional, ya que inaugura una fructífera senda crítica en la que la obra de Saenz se relaciona con la mística. En cierta forma, el presente artículo profundiza en esta línea, al mismo tiempo que intenta trazar otros posibles recorridos y proponer diálogos con algunos libros de la tradición mística española.

En cuanto a la crítica internacional, Jaime Saenz ha sido incluido en el libro *Los Malditos*, publicado por la Universidad Diego Portales de Chile en 2011 y compilado por la escritora argentina Leila Guerriero, que busca generar un diálogo entre autores de diferentes países latinoamericanos cuya existencia ha estado marcada por una vocación literaria asociada, en algunos casos, a un espíritu autodestructivo o a diversos excesos. Es decir, nuevamente vemos que el personaje antecede a la obra, ya que en el contexto internacional la obra de Saenz es escasamente conocida. Esto sucede, porque muchas de sus obras solo han sido editadas dentro de las fronteras nacionales. La difusión de su obra ha venido de la mano de diversas antologías de poesía en las que se han incluido algunos poemas suyos. Un ejemplo importante de estas es la *Antología de la poesía hispanoamericana moderna*, compilada por el ensayista venezolano Guillermo Sucre. En la introducción de la misma el antólogo afirma que el lenguaje de Saenz «tiene que ver con la meditación: un ceremonioso acercarse a lo sagrado, a la otredad del yo y de las cosas [...]. No en vano concibe al artista como un místico y un alquimista: el que da corporeidad a la distancia, el que fusiona todos los contrarios»². Como vemos, en la caracterización que hace del autor boliviano Sucre sigue la línea inaugurada por Wiethüchter.

Asimismo, en el presente artículo, dejaremos de lado el enfoque crítico que se centra excesivamente en los aspectos biográficos, así como también la polémica que genera el supuesto alcoholismo de Saenz, ya que suele obviarse que el escritor pasó gran parte de su vida literaria sin beber. Para esto, desarrollaremos nuestro análisis comparado fundamentalmente a partir de la propia escritura saenzeana. En ella el alcohol es concebido como una importante herramienta de aprendizaje. Es decir, se puede afirmar que dentro de la obra del autor boliviano el alcohol no es un elemento autodestructivo sino más bien, como hemos señalado, una vía de conocimiento. Esta es una visión opuesta a aquella que plantea un estereotipo autodestructivo de los creadores según la cual suele suceder que

² G. Sucre, *Antología de la poesía hispanoamericana moderna*, Caracas, Monte Ávila, 1993, pág. 339.

el temperamento artístico convive con pulsiones que desembocan en el alcoholismo, la drogadicción o el suicidio.

Podemos observar varios ejemplos de esta vinculación entre escritores y voluntad autodestructiva —de la cual el abuso de bebidas alcohólicas sería una manifestación más— en el libro *Marcados con fuego* de Kay Redfield Garrison. En este estudio se relaciona, en determinados casos, la enfermedad maniaco-depresiva con las inclinaciones artísticas, y dentro de este padecimiento se señala al alcoholismo como una de las vías de escape más típica. El autor menciona a Fitzgerald, Hemingway, Lowell o Poe, entre otros, como ejemplos claros de esta actitud y nos dice que además de ser alcohólicos «todos ellos también padecieron una enfermedad depresiva o maniaco-depresiva, lo cual hace surgir complicados interrogantes acerca de si la musa melancólica también es una “musa sedienta”»³.

Sin embargo, como veremos, en la literatura de Jaime Saenz el alcohol desempeña un papel ritual que permite el acceso a la verdadera realidad. A lo largo de toda su obra, el autor insiste en enfrentar una realidad aparente con otra en la cual es posible percibir el otro de lado de las cosas, es decir, el acceso a la sabiduría. De ahí que a partir de la intuición de esta revelación —en el caso de Saenz habría que emplear un término constantemente citado por él: la revelación no revelada— la poética saenzeana se constituya como una indagación permanente de los límites de lo sensible. Relacionaremos este proceso de búsqueda de una realidad superior con la concepción mística del acceso al conocimiento a través de la contemplación. En particular, mencionaremos las similitudes que hemos encontrado entre algunas vertientes de la mística, por ejemplo el quietismo de Miguel de Molinos o la poesía de San Juan de la Cruz, y ciertos aspectos fundamentales en la visión saenzeana del alcohol. Nos centraremos principalmente en su último poemario *La Noche*, publicado en 1984. Por otra parte, analizaremos un concepto clave en la obra de Jaime Saenz que se encuentra en su novela *Felipe Delgado*, de 1979, y que el autor desarrolla en algunos textos más. Se trata del procedimiento de «sacarse el cuerpo» que funciona como un rito de paso que permite el tránsito hacia el otro lado de las cosas y precipita la separación entre el cuerpo terrenal y el cuerpo místico⁴.

El análisis de las obras de Jaime Saenz nos adentra en una realidad desdoblada que es constitutiva del universo del autor. En este sentido, se ha señalado constantemente que, tanto en su obra poética como en la narrativa, este concibe la existencia a partir de una otredad. Si volvemos a la introducción que Guillermo Sucre escribe en la antología antes mencionada, vemos que este afirma que en la escritura del boliviano se puede entrever una concepción dual de la realidad en la cual existe un diálogo con lo radicalmente otro (otro espacio, otro cuerpo, otro rostro). Es decir, esa otredad constituye un desdoblamiento de lo sensible

³ K. Redfield Jamison, *Marcados con fuego. La enfermedad maniaco-depresiva y el temperamento artístico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, pág. 46.

⁴ Es importante señalar que para Saenz el cuerpo es el lugar donde surge la revelación porque lleva dentro su propia muerte, que es el acceso a la sabiduría. Esta visión difiere de los sistemas de pensamiento en los que el cuerpo es un obstáculo para la trascendencia.

y de lo suprasensible porque para Saenz «[h]ay dos mundos, hay dos vidas, hay dos muertes [...] Hay dos caras, dos filos, dos abismos», tal como afirma en estos versos de su último poemario *La Noche*.

El desdoblamiento que señalamos, se produce entre una realidad cotidiana y una realidad verdadera a la cual solo tienen acceso los iniciados, aquellos que logran penetrar en el misterio de la noche y de su propio cuerpo. Es aquí donde cobra una importancia fundamental el concepto de «sacarse el cuerpo». Como hemos mencionado antes, es en *Felipe Delgado* y en algunos otros textos que mencionaremos donde el autor emprende una explicación detallada del mismo. Sin embargo, creemos que en *La Noche* vuelve sobre este «sacarse el cuerpo» solo que, lógicamente, le da un tratamiento menos explícito, como analizaremos más adelante. Es decir, recurre a metáforas y a descripciones pesadillescas para adentrarse en este procedimiento que, por otra parte, es fundamental en toda su obra.

Jaime Saenz se sirve de la figura del aparapita, un personaje típico de la ciudad de La Paz, para construir el arquetipo de aquel que es capaz de sacarse el cuerpo. En cierto sentido, la extensa novela *Felipe Delgado* es la historia de cómo el protagonista busca infructuosamente llegar a convertirse en uno de ellos. Se trata, entonces, de la búsqueda de un conocimiento superior a través del olvido de sí mismo, al igual que propugnaba Miguel de Molinos en su *Guía Espiritual*. En ella el teólogo español afirma que aquellos seres espirituales verdaderos son los que se encuentran «recogidos en lo interior de sus almas, con olvido y total desnudez, aún de sí mismos»⁵. Una especie de dialéctica entre el cuerpo y el espíritu genera un recogimiento dentro del alma, del corazón y, finalmente, del cuerpo. Podría tratarse de una suerte de cuerpo dentro del cuerpo, que es otra imagen fundamental en la escritura saenzeana. De esta forma, vemos que las descripciones que Miguel de Molinos hace de la actitud quietista pueden aplicarse a la perfección a la figura del aparapita, como analizaremos a continuación.

En el caso del personaje paceño, es la ingesta de alcohol la que, junto a una actitud vital de renuncia absoluta, incluso de sí mismo, lo lleva al otro lado de la realidad. Es decir, lo conecta con la trascendencia. El aparapita es un habitante *aymara* de la ciudad de La Paz. Es un indígena que ha migrado del campo a la ciudad y que ha aprendido castellano de manera apresurada y muchas veces incompleta. Su trabajo consiste en cargar todo tipo de objetos para realizar mudanzas. La palabra aparapita, que en la actualidad forma parte del lenguaje cotidiano de los bolivianos, significa «el que carga» en *aymara*. De esta forma, estos personajes pueden cargar muebles, bultos, incluso ataúdes o chatarra. Cargan una cantidad asombrosa de peso y, como Saenz afirmó en más de una ocasión, forman parte indisoluble de la fisionomía de la ciudad. En palabras del escritor, un aparapita «puede llevar perfectamente un peso de seis quintales a una distancia de veinte o treinta cuadras (manzanas) sin hacer un solo descanso».

Jaime Saenz se encontró con un aparapita por primera vez en una bodega, ya que, según los diversos textos en los que el escritor los describe, estos personajes

⁵ M. de Molinos, *Guía espiritual*, Madrid, Alianza, 1989, pág. 126.

son asiduos visitantes de este tipo de establecimientos y, además, pueden beber hasta seis litros de alcohol por día. A partir del primer encuentro y de la fascinación inmediata que este sintió hacia su figura, la obra saenzeana y su visión mágica de la ciudad de La Paz son indisolubles de este personaje, ya que para el escritor un aparapita es la ciudad en su verdadera significación. Sin embargo, hay que precisar que no se trata de un cargador común ya que se encuentra en el límite entre el existir y el no existir, participando de ambos estados.

Con esta descripción final, nos adentramos, una vez más, en la poética saenzeana. Esto se refleja en el uso de un lenguaje contradictorio y paradójico, rasgo que la escritura del boliviano comparte con el lenguaje místico. En la novela *Felipe Delgado*, el protagonista describe paso a paso en qué consiste el sacarse el cuerpo de los aparapitas. Una vez que alguno de ellos decide que quiere abandonar este mundo y adentrarse en la verdadera realidad, se sumerge en la bodega, se recoge a su cuerpo y se dedica a beber. «El aparapita se mantiene inmóvil, ya acuclillado, ya de pie o acurrucado, y prosigue impertérrito en la tarea de vaciarse grandes cantidades de aguardiente en el gargüero, masca que te masca coca». Es decir, la única actividad del aparapita es la interacción con el alcohol y con la coca, llamada comúnmente en Bolivia la hoja sagrada. En este contexto, ambas sustancias adquieren características alquímicas. Poco a poco el bebedor en su actitud contemplativa se va desdoblado, por lo que, al término de este proceso, habrá un aparapita que se quedará en la bodega para siempre y otro que caerá muerto al final del duro trance.

Como puede observarse, esta caracterización de la bebida se diferencia de otras mucho más negativas como por ejemplo la de Baudelaire, quién en *Los paraísos artificiales* afirma que el acto de beber persigue un ideal artificial y que el estado que el alcohol produce es una depravación del sentido del infinito que el ser humano intuye en la existencia⁶. Por otra parte, también encontramos un contraste entre la caracterización que el poeta francés hace de aquellos que beben, afirmando que por los efectos del alcohol estos incrementan desmesuradamente su personalidad, y la actitud contemplativa que la bebida genera en los aparapitas, que quedan sumidos prácticamente en la no existencia. En este sentido, se puede decir que sacarse el cuerpo consiste en beber en actitud de recogimiento y observación hasta que el cuerpo revienta, después de haber atravesado grandes padecimientos, para que, de esta forma, se produzca el desdoblamiento.

A la manera de San Juan de la Cruz, se puede decir que este estado de recogimiento casi absoluto es una contemplación purgativa. Es decir, el alcohol, en cierta forma, mientras aniquila también limpia. Finalmente, el aparapita en un último esfuerzo irá hacia la puerta de la bodega y una vez se encuentre en la oscuridad de la calle se desplomará y su cuerpo permanecerá ahí hasta que sea trasladado a la morgue. Pero lo cierto es que el aparapita se queda para siempre en la bodega. Es un acto de liberación, afirma en la novela el protagonista, Felipe Delgado, quién ve en esta actitud un sentimiento profundamente religioso.

⁶ Ch. Baudelaire, *Poesía completa*, Madrid, Espasa Calpe, 2000.

En este sentido, en un pequeño ensayo en el que Saenz se centra en la figura del aparapita, el escritor parafraseando a uno de ellos nos dice que «la muerte es cosa suya (del aparapita) y nadie podrá meterse en sus asuntos, a no ser Dios; Dios está con él. Él es quien le ha dado permiso para venir a vivir aquí. Pero el momento que así lo desee, él puede morir y, una vez muerto, su alma, o sea él, se irá volando a su verdadera casa para servir a Dios». Una vez más comprobamos la similitud con la actitud propugnada por el quietismo.

En cuanto al libro *La Noche*, se puede decir que, sin duda, fue el que a nivel de la recepción causó mayor escándalo e incompreensión en toda la obra de Jaime Saenz. Esto sucedió, precisamente, por el tratamiento que en él se le da al alcohol. El libro está dividido en cuatro partes, y si bien es cierto que no en todas se le da la misma importancia a este tema, también es verdad que al ser la bebida la que genera la voz poética, la experiencia de sacarse el cuerpo a través de su ingesta es la que articula tanto la voz como la escritura. De ahí que sea imposible separar la poética que Saenz construyó a partir del aparapita de su último libro de poemas. A diferencia de la novela, en *La Noche* el yo poético nos habla desde dentro de la experiencia del alcohol. Es como si el hablante, en cierta forma, hubiese retornado de la experiencia de sacarse el cuerpo y quisiera dar cuenta de ello a través de la escritura. Es el doble el que escribe y el que se enfrenta con la paradoja de hablar de una experiencia que se encuentra fuera de la experiencia. Es la voz del que se ha sacado el cuerpo. Por lo tanto, es, en cierto sentido, la voz del muerto.

«El carácter secreto de la experiencia mística consiste en el hecho de que es experiencia en la no experiencia» afirma Alois M. Haas en su ensayo sobre la experiencia mística del sufrimiento según san Juan de la Cruz en el libro *Visión en azul. Estudios de mística europea*⁷. Este secreto se percibe en la obra de Jaime Saenz justamente por esa dualidad constante entre la noche y el otro lado de la noche que, como nos dice en el poemario, «solo se da en la realidad verdadera y no todos la perciben».

Como ejemplo de esta concepción dual, podemos citar otros versos de *La Noche*: «el otro lado de la noche es una noche sin noche, sin tierra, sin casas, sin cuartos, sin muebles, sin gente». En esta afirmación nuevamente nos encontramos con otra paradoja: la de hallarnos ante una noche sin noche. Ahora bien, para que la verdadera noche se presente la función que cumplen aquellos, que como el yo poético se han sacado el cuerpo mediante el alcohol, es fundamental. Esto se expresa claramente en el texto: «la primera embestida de la noche tiene en realidad un origen misterioso, y sin duda surge de los muertos que han muerto en aras del alcohol y que ahora deliran con la visión que les ofrece el otro lado de la noche». Este otro lado de la noche, por otra parte, ha sido creado por el alcohol. Es decir, una vez más la bebida desempeña una función alquímica que genera una realidad distinta a la cotidiana y que constituye un verdadero conocimiento.

⁷ A. M. Haas, *Visión en azul. Estudios de mística europea*, Madrid, Siruela, 1999.

Por otra parte, esta división de *La Noche* es similar a la que San Juan de la Cruz emprende, como nos señala Alois M, Haas en el libro antes mencionado, entre la noche de los sentidos que concierne a los principiantes y la noche del espíritu que es propia de lo que San Juan llama los «aprovechados» y a los que en el libro de Saenz se les llama iniciados, al igual que en varias ramas de la mística. «Nadie podrá acercarse a la noche y acometer la tarea de conocerla, sin antes haberse sumergido en los horrores del alcohol», como dicen estos versos del poemario del boliviano. Por otra parte, es necesario recordar que «para el hombre que mora en la noche, para aquel que se ha adentrado en la noche y conoce las profundidades de la noche, el alcohol es la luz. El que su cuerpo se vuelva transparente y el que esta transparencia le permita mirar el otro lado de la noche es obra exclusiva del alcohol». Entonces, la «horrenda noche de contemplación» de la que nos habla San Juan se convierte en Saenz en la noche de los «horrores del alcohol», los únicos, por otra parte que revelan la verdadera noche.

Para finalizar, es posible señalar que en el libro de Jaime Saenz, al igual que en los diversos escritos místicos, como por ejemplo *La Noche oscura del alma* de San Juan del que antes hemos citado algunos fragmentos, el yo poético, busca dar cuenta de la sabiduría adquirida. Es un intento desesperado por dejar testimonio de lo experimentado. Como dice José Ángel Valente en su ensayo sobre Miguel de Molinos⁸: «La primera paradoja del místico es situarse en el lenguaje, señalarnos desde el lenguaje y con el lenguaje una experiencia que el lenguaje no puede alojar». Entonces, *La Noche* podría entenderse como el intento de aproximarse a partir de la escritura hacia esa revelación no revelada que es la otra noche. Es la escritura de aquel que es un iniciado y que ha logrado sacarse el cuerpo y convertirse, en cierta forma, en la noche. Es decir, se ha fundido con el espacio secreto de la sabiduría desprendiéndose de su cuerpo, aniquilándose, huyendo de sí mismo. Como Valente señala en el ensayo que antes mencionamos, «Para entrar en la contemplación (entréme donde no supe) es necesario haber optado por una primera y radical salida. Salida de los propios límites, salida del recinto del alma o de la operación de sus potencias, salida de sí mismo».

De esta forma, el yo poético de la noche, ya convertido en noche, (la noche escribe para buscar y encontrar, dicen unos versos del libro) escribe desde esa muerte antes de la muerte, desde esa experiencia fuera de la experiencia, desde la revelación no revelada. Finalmente, nos gustaría proponer una posible puesta en relación a nivel continental entre la obra de Saenz y la del escritor argentino Héctor Viel Temperley, quién también se aproximó a través de su escritura a una concepción mística de la vida. En este sentido uno de los versos más conocidos de este último es: «*Voy* hacia lo que menos conocí en mi vida: *voy* hacia mi cuerpo». Para terminar, nos gustaría recordar unos versos de *La Noche* de Jaime Saenz, que como veremos, guardan una estrecha relación temática con los versos del poeta argentino: «yo me he acercado una vez a mi cuerpo, y habiendo comprendido

⁸ J. A. Valente, *Variaciones sobre el pájaro y la red* precedido de *La piedra y el centro*, Barcelona, Tusquets, 2000, págs. 85 - 133.

que jamás lo había visto, aunque lo llevaba auestas, le he preguntado quién era; y una voz en silencio me ha dicho: Yo soy el cuerpo que te habita, y estoy aquí, en las oscuridades, y te duelo, y te vivo, y te muero. Pero no soy tu cuerpo. Yo soy la noche».

BIBLIOGRAFÍA

- CRUZ DE LA, San Juan, *Noche oscura del alma*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1991.
SAENZ, J. «El aparapita de La Paz». La Paz, *Revista Vertical* 3-4, 1972.
— *Felipe Delgado*, La Paz, Plural Editores, 2007.
— *Recorrer esta distancia. Antología poética*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, págs. 61-97.
VIEL TEMPERLEY, Hugo, *Obra completa*, Madrid, Amargord, 2013, pág. 366.